

apretar el lazo nacional, que en un pueblo que por su situación en un inmenso territorio despoblado hacia el cual los colonos se sentían atraídos sin cesar, era una necesidad ingente, se dió en 1786 una Carta Federal, vástago postrero de la *Carta Magna* del siglo XIII, trasplantado del mundo feudal al democrático; en ellas las tradiciones inglesas y los hábitos coloniales y algunas de las ideas filosóficas que estaban en la atmósfera del siglo, formaron el Cuerpo político más notable que ha aparecido en la historia humana (v. *Bancroft*. Historia de los Estados Unidos, 2ª edición. Existe una traducción francesa de la primera, *Moireau*, histoire des États Unis.—*Happ* (colece. Onken): los Estados Unidos.—Para los alumnos los excelentes manuales de *Lawler*, *Essentials of american history*, y *Mowry*, *Firststeps in the history of our country*.)

EL ANTIGUO REGIMEN.

1. El Gobierno y las clases.—2. Las Ideas.—3. La Sociedad.—4. Los Reformadores.—Luis XVI.

1. *El Gobierno y las clases*.—Mientras en Inglaterra se extremaba la constitución oligárquica, pero previniendo, en la inviolabilidad de las formas del gobierno libre, el remedio del mal, en Francia se precipitaba la disolución del absolutismo. Un hombre, el rey de Francia, ha sido, ya lo hemos visto, el personaje más visible en la construcción de la Patria francesa, que era suya, su reino, su familia y su propiedad, en el sentido romano de estos dos vocablos equivalentes; y como esta obra revela desde sus comienzos el designio de Dios, y como los monarcas primeros fueron obra de la Iglesia, el derecho del supremo propietario de Francia, es divino; tal es el dogma político. Hemos visto cómo se ha formado la deducción forzosa de tal principio, el absolutismo, creación de todos los soberanos y sus agentes, organización de Richelieu y Luis XIV. «En mi persona sola reside la autoridad soberana; á mí sólo pertenece el poder legislativo sin dependencia é indiviso; el orden público por entero dimana de mí; soy su guardián supremo. Mi pueblo está unimismado conmigo; los derechos y los intereses de la nación, que algunos son osados á considerar como cuerpo separado del monarca, están necesariamente unidos á los míos y descansan únicamente en mis manos.» Así quedaba formulado el absolutismo, ya en agonía, por Luis XV; y efectivamente, ni Estados generales, ni Estados provinciales, como no fuese para distribuir el tributo; ni nobleza, que se ha convertido en cortesana; ni clero, que se ha transformado en un gran servicio del monarca; ni Parlamentos, castigados y callados á la menor protesta, nada

se opone al rey; interviene hasta en el último rincón del país por medio de sus intendentes y subdelegados, tiene cerca de cien millones de pesos de renta; él es todo. Este señor absoluto se ha encargado de disolver su absolutismo; su autoridad, fundada en una larguísima y veneranda tradición, se ha vuelto, en manos de las mujercuelas, sus favoritas, un hecho profundamente despreciable. El servicio que ha prestado á la nación, unificándola y creándola, queda casi nulificado con la humillación en el campo de batalla, con la bancarrota y el robo de la fortuna pública convertidos de reinado en reinado en régimen financiero, con el agotamiento de las fuentes de riqueza nacional, con el abuso perpetuo de la autoridad contra el ciudadano. El absolutismo sólo vivía como se mueve una máquina en virtud del impulso primero; pero el mecanismo estaba todo dislocado y el rozamiento paralizaba el tren; era ya inútil, no llevaría su cargamento á su destino. Dos carriles le servían para recorrer el tiempo: el clero y la nobleza. Estas dos instituciones, ya lo hemos visto en el transcurso de esta historia, habían tenido su objeto importantísimo en la evolución medioeval: el clero había disciplinado al mundo bárbaro por el espíritu, disciplina suprema; la nobleza, organizando y protegiendo pequeñas fracciones del territorio, cuando la cohesión era insuficiente para hacer eficaz una autoridad central y general, impidió la disolución social por largos siglos después de las invasiones y facilitó inconscientemente la obra de la realeza; estos eran sus servicios. El absolutismo había puesto á estos dos elementos del Estado en condiciones de no poder prestarlos ya; todo lo había absorbido; mas quitándoles la substancia de la prerrogativa política, les dejó el lado lucrativo, pero odioso de su papel, el de propietarios. El feudalismo político había muerto, pero aun vivía el feudalismo social; aun pesaba sobre la sociedad rural con una porción de pequeños impuestos reales y personales; el derecho consuetudinario, en su complicada diversidad, autorizaba en todo el territorio los abusos de la nobleza. La Iglesia contribuía á la agonía prolongada de la agricultura con el diezmo, y sobre todas estas vejaciones infinitas á la pequeña propiedad y al miserable haber de los hombres de trabajo, pesaban los tributos generales, los del rey.—Los privilegiados eran un grupo corto ya en la nación: 25 ó 30,000 familias nobles; 23,000 religiosos en 2,500 monasterios; 37,000 religiosos en 1,500 conventos; 60,000 curas ó vicarios en sus sendas iglesias; en conjunto, no llegaban á 300,000 por más de veinte millones de habitantes. Estos eran los privilegiados; la señal más grave del privilegio consistía en que, de hecho ó de derecho, poseyendo grandes riquezas territoriales, estaban exceptuados de la talla y la capitación, que sólo los plebeyos reportaban.

La burguesía, el estado llano, el *Tiers-Etat*, que dicen los franceses, las

clases medias ó clases directrices, como se han llamado en nuestro tiempo, formadas, crecidas y educadas en las antiguas comunas, en las ciudades reales sobre todo, y que bajo el nivel de la monarquía que dobló todas las cabezas, quedó constituida en clase, ya que no pudo seguir existiendo como institución, la burguesía al reaparecer se cree ya, y no sin fundamento, la verdadera dueña del país; el comercio la había enriquecido; la monarquía, cuya deuda había crecido en rapidísima progresión, y la grandeza, eran sus deudas; la educación la había constituido en aristocracia intelectual; á ella pertenecían los sabios, los literatos, los artistas. La afición, general entonces, por las investigaciones económicas, el deseo de obtener garantías para sus créditos contra los poderes públicos, había dado una forma concreta para la clase media, á la necesidad de emancipación y de cambio que saturaba, digámoslo así, el medio ambiente. El núcleo pensador del Tiers-Etat quería una constitución; mas una constitución cuyo autor fuese él, porque él y el pueblo formaban, en teoría una sola clase, cuyo sentimiento era el odio inextinguible á los privilegios nobiliarios y cuyas aspiraciones condensaba Sièyès en estas palabras: «¿Qué cosa es el Estado llano? Todo. ¿Qué ha sido en el orden político? Nada.»

El pueblo azotado por la miseria, el hambre y la peste, imposibilitado de llegar al ahorro, al capital; á la independencia, por la gabela, el diezmo, la capitación y la talla, que lo trituraban sobre el surco del campo, en el fondo de su choza ó su caverna, el pueblo era la gran masa de la nación; su vida era animal, su inteligencia sólo se ponía en ejercicio para violar los aborrecidos privilegios de caza ó para huír del ojo del fisco, presente en todas partes. Por millones habían muerto les plebeyos de miseria y abandono durante el siglo, y su situación, á pesar de la bondad relativa que reinó en todas las relaciones sociales, en vísperas de la Revolución, había empeorado con todo el rezago de miseria y de pena acumulado sobre aquellas cabezas humanas por la más espantosa de las opresiones administrativas; una sola cosecha perdida dejaba sin pan á una provincia y la despoblaba; un mes de frío obligaba al campesino á quemar sus muebles y sus frutales; la mayor parte del territorio yacía eriazó é improductivo, porque los brazos eran muy débiles y el producto quedaba repartido entre el colector del diezmo, el del impuesto y el del señor: inmensas legiones de vagabundos acechaban las poblaciones é iban errantes por los campos. Cuando el pueblo alza la mano es para pedir limosna al rey; el rey es bueno cuando se llama Luis XVI, mas no puede dar limosna; toda su bolsa, que es el erario público, la vacía en manos de los nobles insaciables; entonces aquí y ahí estallaban motines espantosos, precursores de la gran tormenta. Queda al absolutismo la fuerza armada; mas esa fuerza está minada por las ideas nue-

vas, por el odio á los oficiales, por los terribles abusos de los que explotan al soldado y deprimen al oficial inferior; el ejército quedará disuelto en manos del monarca en la hora del conflicto supremo. En suma, educado el pueblo para un oficio puramente animal, ese animal se siente fiera, y un día notará que la argolla de hierro que lo mantenía pegado al suelo se ha enmohecido y gastado; ese día el león recibirá de los filósofos políticos una corona de soberano, será el rey y quedará en libertad (v. *Taine*: El antiguo Régimen).

2. *Las letras*. — A la espantosa convulsión antepasada que puso fin á la centuria, precedió un extraordinario movimiento de ideas que creó un estado de ánimo especial; sólo la efervescencia intelectual que precedió á la Reforma puede comparársele; la literatura hizo, entonces como ahora, un papel inmenso, fué el vehículo por excelencia de las ondas mentales; por su cauce clásico y correcto corrió un río de pensamiento y sentimiento, de genio y pasión, de cólera y amor, de frivolidad y ciencia, de sarcasmo y piedad humana. Refiriéndonos á la literatura propiamente dicha, mencionaremos los nombres superiores y marcaremos el carácter general.—*Poetas*. Son incontables los poetas del medio siglo que precedió á la Revolución; muchos de ellos supieron componer á la perfección; algunos solían tocar las cimas del arte; por regla general se detenían en la atmósfera del ingenio (del *esprit* que dicen los franceses), del sentimentalismo, de la obscenidad graciosa refinada; no los nombraremos. Voltaire, que en todas las manifestaciones de la inteligencia de esa época ocupa un solio, por derecho de talento, elaboró muchísimos versos; mas ni su poema acompasado y frío (*La Henriada*), ni el crimen de francés y de poeta cometido contra la santa *Pucelle*, Juana Darc, ni sus grandes tragedias declamatorias, aunque con arte peregrino forjadas, le dan derecho á ser considerado como gran poeta. El único que así puede llamarse fué un artista de ocaso, si no de decadencia, Andrés Chenier. Heleno de educación y de sangre, era espontáneamente, no por erudición ni esfuerzo, un poeta griego en francés: «el poeta clásico francés después de Racine,» dice Sainte Beuve. Toda la antigüedad poética, Homero lo mismo que Teócrito, Catulo lo mismo que Juvenal, resucitan en la forma irreprochable de su lengua métrica. Su amor helénico á la libertad lo llevó al cadalso, dejando de su odio á la tiranía demagógica, rastros maravillosos de sus candentes versos. Si no fuera por Chenier, la poesía francesa de esa época no podría oponer ningún nombre superior á Pope, el admirable poeta de segundo orden en Inglaterra, y á Young y Gray; ni á algunos de la gloriosa pléyade de los salmantinos en España, que después de la enseñanza y el ejemplo de Luzán, despertaron de su letargo á las musas ibéricas. Ni tampoco podría oponer nada á Italia. Metastasio es el nom-

bre que descuella entre una legión de poetas pastoriles, sus versos, su música, podría decirse, casi siempre hechos para ser cantados, casi siempre libretos de ópera, mostraron todo el maravilloso carácter melódico de la lengua italiana. Con Parini despertó el gusto por la poesía natural y comenzó un movimiento que debía terminar en la aurora de la edad contemporánea con nombres como los del dramaturgo Alfieri y los grandes líricos Manzoni y Leopardi, éste, el poeta italiano que llegó tan alto en la tristeza y la desesperanza como Dante y Petrarca, en la fe y en la confianza cristiana. Los poetas alemanes, tan odiados de Federico II, formaban ya un grupo aparte; ya Klopstock había creado la poesía nacional en su *Messiada* y la había emancipado de la influencia francesa, rebautizándola en las fuentes mismas de los *niebelungen*; Lessing funda el drama trágico alemán y la crítica filosófica en literatura; Gessner traza en sus idilios (encanto luego de Robespierre) una humanidad de ideal inocencia, y Wieland renueva la afición, pero libre y sin vasallaje, á la poesía francesa. En fin, Goethe y Schiller, dos grandes poetas humanos, aunque alemanes, muestran, sobre todo el primero, que es á Alemania lo que á Italia el Dante, cuanto había de recóndita y serena poesía en una lengua y en un espíritu que muchos habían creído refractarios á la cultura superior. — *Prosistas*. Voltaire domina, su espíritu es eminentemente prosaico; es, por la vivacidad inagotable de la claridad absoluta, el primero de los escritores franceses; es decir, es *el buen sentido*, en la más amplia y mejor acepción de los vocablos, convertido en literatura. Era la prosa francesa de aquel tiempo, no ya augusta, aun en su misma gracia, como en el siglo XVII, sino pasmosamente flexible y apta para traducir todo sentimiento del alma, toda aspiración de la mente. Poca imaginación, poco ensueño, poca fantasía; nada de horizontes indefinidos, ni de nerviosas inquietudes; pero mucho calor, mucho sentimiento al fin, y elegante hasta en la melancolía y en la reproducción de los arranques de la pasión ó en las traducciones artísticas de la naturaleza. Voltaire es el Crítico por curiosidad y por deseo insaciable de emancipación; de aquí su odio á lo que sujeta más, á la religión y á la religión en la forma que tenía más á la vista, en la de Cristianismo, cuyo perseguidor implacable y sarcástico fué toda su vida. Buffon, el del estilo incomparable aplicado á la revelación de la naturaleza; Diderot, demoleedor de lo pasado, adivinador de lo porvenir, declamador y dramaturgo de mal gusto y genial por relámpagos continuos, le siguen. Toda esta República de las letras estaba dividida en banderías que batallaban frenéticamente entre sí, cruzándose toda suerte de acusaciones é invectivas mortales, preludio de los odios entre las facciones en las Asambleas revolucionarias. Uno de estos odios fué el de Voltaire por Rousseau, que le igualaba ó le

superaba por la influencia literaria de sus novelas y sus recuerdos (la nueva Eloisa, las Confesiones) y por la social, política y filosófica de sus libros (el Contrato Social, el Emilio). Juan Jacobo Rousseau, gracias á su estilo lleno de emoción y elocuencia inagotable, mas no fatigante, porque siempre es caliente y vívida, renovó el carácter de la literatura francesa y fundó la literatura moderna. Bernardino de St. Pierre, Chateaubriand y su escuela, son sus herederos; él encontró las grandes armonías de la naturaleza y de la frase. Todo su siglo vibró con su palabra: sofista, étnico, predicador, narrador, poeta, era en todo *un hombre*, un amalgama de debilidad y fuerza, de oro y barro; por eso fué más amado ú odiado que nadie; por eso influyó tanto. Por su «Contrato» fué el legislador de la Revolución; por sus ideas morales suscitó filósofos de la talla de Kant y de Herder, el verdadero fundador de la filosofía de la Historia. Nadie hizo sentir ni errar más en el siglo XVIII que Juan Jacobo; murió misántropo, vivió miserable; todo él era *pueblo* y pasión.—Taine ha hecho palpar, por ingeniosísimo análisis que, como es natural, llega á deformar la realidad á fuerza de descomponerla en los elementos primordiales, el defecto de esta literatura; el insigne filósofo francés lo llama: el espíritu clásico. Subordinar el fondo á la forma; sujetar toda idea y todo movimiento del ánimo á la manera correcta, regular y noble de decir, esta es la primera manifestación del espíritu clásico, nacido en el siglo XVII y predominante en toda la Europa culta. Consecuencia: disminución del vocabulario, selección de las frases, reducción de la ideología á las ideas generales ó abstractas. Consecuencia: la mente se educa en las abstracciones; esta tendencia se transmite y todo en la naturaleza y en los hombres se reduce á abstracción; sólo se ven en las cosas los puntos de contacto, propias para generalizar, y se descuidan las diferencias y diversidades.—Con esta educación mental los hombres que fueron llamados á dirigir el movimiento revolucionario, creyeron que en los franceses lo que había que tener en cuenta era lo más general, su condición de hombres, y sus leyes, más que *francesas*, parecían *humanas*.—Y como el método que había que aplicar era el más simple, el más lógico, el que parte de un principio como este: *el hombre es libre* y deduce todas sus consecuencias, resultó que el método matemático, *geométrico*, que es el más deductivo de todos, fué el aplicado á *la sociedad*; es decir, al ser más complejo y vacío que puede existir. Inútil es decir que no todos pensaban así y que hubo quienes señalaron el mal. (V. Taine op. cit.)

Las ciencias. — En el siglo XVIII la ciencia fué una moda; ocupó en los salones, en los retretes, un puesto de honor; las más elegantes señoras dividían entre el tocador, la conversación y el teatro ó el anfiteatro, su vida en-

tera. Los reyes la protegían: Federico II, en las personas de Maupertuis, D'alembert, Bernouilli, Lagrange; Jorge III, en la de Herschell, etc. Y todos los pensadores, todos los filósofos eran sabios; Voltaire, Diderot, Montesquieu, Rousseau, se ocupan en la Física y la Historia Natural; los viajes y exploraciones científicas se multiplican; en fin, todos tienen la intuición ó la conciencia de que la humanidad ha encontrado en la ciencia la única fuerza capaz de igualar en resultados á la religión. La *Matemática* continúa su evolución, gracias á los trabajos de Euler, D'alembert, Clairault, Taylor, Maclaurin, y al fin del siglo, á los estudios no menos importantes de Lagrange, Monge, Laplace, que á un tiempo perfeccionaron la matemática abstracta y la concreta ó mecánica, en sus diversas ramas. La *Astronomía*, reducida á un problema de mecánica por los grandes matemáticos del siglo anterior, revelaba, por medio del cálculo y la observación, todas las consecuencias de la ley primordial; Herschell, merced á sus medios inusitados de inspección estelar, retira los linderos de nuestro sistema descubriendo á Urano; abre el campo inmenso de la astronomía ultraplanetaria ó sideral y comienzan á precisarse los elementos de las deficientes quizás, pero grandiosas cosmogonías de Kant y, sobre todo, de Laplace.—La *Física*, constituida también en el siglo anterior, gracias también á la observación y al cálculo, entra en la vía de los progresos positivos é indefinidos, enriquece las leyes matemáticas de las propiedades de los cuerpos y queda revelada, por experiencias que entonces parecieron prodigiosas, en manos de Franklin, Coulomb y otros, la gigantesca importancia de la electricidad. Mas la ciencia constituida en el siglo XVIII es la *Química*; como los grandes mecanistas habían constituido la astronomía y la física, los grandes físicos constituyeron la nueva ciencia; aun dominaban las nociones alejandrinas de los cuatro elementos componentes de los cuerpos, error fundamental de las teorías sobre transmutación de metales; aun se creía que todo gas era aire puro ó mezclado á una substancia no gaseosa y aun señoreaba las investigaciones de los físicos la reciente teoría de Stahl, que para explicar los fenómenos de la combustión y de la calcinación de los metales, había inventado una substancia que se adhería ó se desprendía de los cuerpos y que llamaba *flogístico*. Mas los trabajos de Black demostraron la existencia del *ácido carbónico* y Cavendish encontró la del *hidrógeno*; Priestley la del *oxígeno* y el *ázo*; Lavoissier la del óxido de carbono, y la del cloro Scheele; esto fué una revolución en el tercer cuarto del siglo. Lavoissier (que á consecuencia de sus doctrinas fué quemado en efígie en Berlín, antes de ser guillotinado en París á consecuencia de la imbecilidad terrorista), por una serie de aplicaciones del método de experimentación más riguroso, estableció la complejidad

del aire, el carácter verdadero de la combustión, llegó de un modo empírico á la noción de los cuerpos simples, estableció con Foureroy y Berthollet las bases de la nomenclatura nueva, limitó el campo de los fenómenos químicos, para distinguirlos de los físicos, é inauguró con Laplace, por medio de la balanza y el calorímetro, la *termoquímica*. Así quedó instaurada una nueva ciencia fundamental que tomó su lugar en la serie después de la Física: de los trabajos de Lavoissier datan los maravillosos progresos de esta ciencia transformadora del mundo industrial.—La *Historia Natural* siguió reuniendo datos para constituir ciencias concretas como la Geología, determinando por la observación directa la figura de la Tierra; midiéndola, explorándola, infiriendo su fluidez primitiva, la existencia del fuego geocéntrico, el origen de las rocas, la antigüedad de la vida y entendiendo con Buffon, Diderot y, sobre todo, Lamark, la sucesión de las especies; la mineralogía avanza con Romé y Haüy, y los estudios de Lineo, de Jussieu, sobre clasificaciones y nomenclatura botánicas; de Grew, sobre los sexos vegetales; de Lavoissier, Reamur y Spallanzani y otros, sobre la digestión, la generación, los actos reflejos; los trabajos entomológicos, etc., aglomeran los elementos de una futura ciencia fundamental, la *Biología*, la ciencia de la vida, obra del XIX^o siglo (á pesar del admirable trabajo de Lavoissier sobre la respiración), como después de ella lo serían, completando la serie, la *Psicología* ó ciencia del fenómeno mental, y la *Sociología*, ciencia del fenómeno social.

Las aplicaciones de la ciencia comienzan á mostrar su incalculable trascendencia práctica, destinada á transformar la humanidad; los aeróstatos de los Mongolfier, pronto perfeccionados, permiten el estudio directo de las altas capas atmosféricas á los audaces navegantes del cielo; Watt construye sus máquinas de vapor destinadas á centuplicar la fuerza industrial y á transformar las condiciones económicas del mundo; la electricidad, diversión á la moda, en la segunda mitad del siglo, desde el descubrimiento de la máquina eléctrica y la *botella de Leyde*, produjo en manos de Franklin el *pararrayo*, y poco faltó para que el telégrafo dotara desde entonces al organismo social de su sistema nervioso. La ciencia nueva, la química, apenas en mantillas, mostró su poder industrial con el perfeccionamiento de la pólvora, la fabricación del salitre, el blanqueo de las telas, etc.—A pesar de las teorías del *animismo* y del *vitalismo*, el conocimiento del organismo, el descubrimiento de la composición de sus elementos, hizo adelantar al arte medical á la vez que la química transformaba la Farmacología.—Mas los tributos mejores de aquel siglo á los esfuerzos destinados á conservar la vida, fueron: la propagación de la *patata*, considerada antes como alimento para las bestias y que Parmentier

hizo subir al puesto de alimento de primera necesidad para el pobre, generalizando su cultivo, y la *vacuna*. El sistema de inoculación del pus varioloso para preservarse de la viruela, era muy usado en Oriente y ya se había introducido en Europa, cuando Jenner suprimió los inconvenientes del sistema, descubriendo los mismos caracteres profilácticos en el pus de las vacas; si se tiene en cuenta los espantosos estragos que hacía la viruela entonces, todavía se comprenderá la importancia de este descubrimiento redentor que mereció las bendiciones de todos y los versos de Quintana.

Una inmensa curiosidad, propia del espíritu humano, sobreexcitada hasta el paroxismo por los descubrimientos, recorrió todos los campos del conocimiento y en todos dejó honda huella. En las que acostumbramos llamar ciencias morales, produjo resultados de incalculable trascendencia; en Bayle, que en su diccionario sembró con el más sereno y más implacable escepticismo la duda sobre todas las cuestiones religiosas, filosóficas é históricas, tuvo su maestro aquel siglo descreído; la filosofía de la historia y la filosofía política, tuvieron sus representantes más conspicuos en Montesquieu y Voltaire; el primero en su «Grandeza y decadencia de los romanos,» revela toda su adoración de la antigüedad latina y penetra profundamente en los resortes ocultos de la evolución de la república al imperio: esta obra suscitó una especie de amor platónico por las instituciones republicanas *fundadas en la virtud*, entre los futuros maestros de la Revolución; en su segunda obra, «el Espíritu de las leyes,» se muestra más filósofo, abraza todos los tiempos y las naciones y presenta en las condiciones físicas y hereditarias de cada grupo humano la explicación de sus costumbres legales; mas á pesar de encontrarlo todo sometido á leyes naturales, pone de manifiesto la parte de la razón y la voluntad, es decir, de la libertad, en la determinación del destino de las naciones. De las obras de Montesquieu se hicieron aplicaciones fecundas; cuando sonó la hora magna de las reformas, al abrirse la Revolución, la aristocracia fundó en Montesquieu su empeño en reformar la monarquía, volviéndola á sus instituciones originarias y limitando el despotismo por la fuerte constitución de grupos privilegiados; la clase media doctrinaria pretendió realizar un gobierno constitucional á la inglesa, inspirándose en los capítulos de Montesquieu sobre las instituciones insulares, y los republicanos y hasta los terroristas encontraron en sus doctrinas apoyo, sobre todo en su libro sobre Roma. Fuera de Francia, es evidente que en la *Constitución de los Estados Unidos* influyó su *Espíritu*, casi tanto como los comentarios de Blackstone á la Constitución inglesa, para formular las reglas del gobierno libre en que los angloamericanos por su dicha estaban educados; la división estricta de los poderes, la realización de

la democracia en pequeñas naciones y de la república en la confederación de ellas, son formas inspiradas, tanto en las necesidades de aquel organismo nuevo, como en las ideas del gran pensador francés. — Al lado de Montesquieu, Voltaire, en su «Ensayo sobre las costumbres,» parece débil; sin embargo, la obra está admirablemente escrita: las informaciones en que funda su filosofía de la historia son vastísimas, y su designio capital de desterrar de la historia toda acción sobrenatural es característico. — En Inglaterra la historia directa se escribe ya científicamente y con espíritu profundamente crítico por Hume, el gran filósofo escéptico, y por Gibbon, el admirable autor del «Imperio Romano,» obra gigantesca en que domina el buen sentido racionalista que limpia la historia de todas sus inconsecuencias, mostrando la lógica inflexible que preside á los acontecimientos, pero, por desgracia, nivelándolos hasta hacerles perder su relieve y su vida. Otro gran pensador, que la vida activa arrebató á la especulación científica, fué Turgot: en sus célebres disertaciones trazó el itinerario de la evolución humana con un acierto sorprendente; Comte le tomó la ley de los tres estados (teológico, metafísico y científico) por que atraviesa todo desenvolvimiento mental y social. Al fin, Mirabeau, en su obra sobre Prusia, mostró algunas ideas políticas verdaderamente geniales, y después de otros, Condorcet, profetizó el progreso indefinido con la cabeza ya lista para la guillotina de que lo libró la muerte.

Otra rama de las ciencias morales que entonces se mostró ya fuerte y llena de savia, fué la *Economía*. Tiempo hacía que preparaba sus elementos; los griegos de la escuela de Sócrates habían definido su objeto y habían estudiado no pocos de sus problemas (Jenofonte, Aristóteles); durante toda la Edad Media se lucubró sobre cuestiones íntimamente ligadas con la naturaleza de las riquezas; en el siglo XVII, Vauban, entre otros, tiene derecho á ser considerado como uno de los precursores; mas fué en el siglo XVIII cuando los trabajos de los fisiócratas, desde Quesnay hasta Condorcet, organizaron la *económica*, haciéndola abarcar toda la ciencia social, pero fundándola sobre esta base estrecha: la tierra considerada como la única fuente de verdadera riqueza. Entre ellos figura Turgot, con ideas tan liberales, tan exactas, tan previsoras, que hay que preguntarse qué cosa ignoraba en esta materia, aun desde el punto de vista actual de la ciencia. Mas el que fundó, en la fuerza de la expresión, la economía política, fué Adam Smith, porque limitó su objeto circunscribiéndola al estudio de los fenómenos en conexión inmediata con la evolución de la riqueza, le dió una base más amplia considerando la riqueza como originada por el trabajo y formuló la admirable ley de la división del trabajo.